Grant Kien, 2019

Comunicar con memes. Consecuencias en la civilización de la posverdad.

Londres: Lexington Books

ISBN 978-149-855-133-5

El título del trabajo de Kien de algún modo cifra la tarea que emprende y la magnitud de su alcance: comprender un fenómeno de forma totalizante, el de la comunicación memética, a través del análisis pormenorizado de sus consecuencias. A partir de indagar ciertos efectos que engloba negativamente como postmodernos – al estar ligados al espectáculo y al simulacro–, propone finalmente una ética que permitiría a los prosumidores recuperar una libertad responsable. Esto es, un papel activo en sus elecciones que los acerquen a la verdad.

Desde aquí podemos trazar la estructura del libro. A la caracterización del objeto de estudio (la comunicación memética), le siguen catorce consecuencias analizadas en catorce capítulos, en los que desarrolla el estudio del campo de los efectos, que el autor prefiere llamar "impactos". Como cualquier fenómeno viral, Kien sostiene que la comunicación memética puede ser aprehendida a partir de sus síntomas, para derivar de este análisis una prospectiva que sea capaz de modificar nuestras circunstancias (Capítulo 15: "(R)evolución ética"). Si el libro se asienta en una crítica a la postmodernidad, la salida está en recuperar cierta autonomía y racionalidad (crítica) Moderna.

Kien comienza por caracterizar la comunicación memética como un nuevo fenómeno emergente del siglo XXI, todavía en su infancia, y estudia el proceso cibernético que ha facilitado el contenido viral y su proliferación. Recupera la noción de meme de Dawkins, como unidad cultural autoreplicable en evolución, y desde allí define la comunicación memética por su replicabilidad y viralidad. Tal vez uno de los principales hallazgos del libro sea comenzar por esta toma de posición, no estudiar los memes como contenidos mediáticos sino indagar un tipo particular de comunicación (la memética). Esta comunicación debe ser capaz de replicabilidad (generar copias) y de evolucionar (mutar, transformarse, variar). Desde esta perspectiva, cualquier contenido mediático viral capaz de reproducirse y mutar es considerado meme: una campaña de *crowfunding*, el gesto de la victoria de Churchill retomado en el registro fotográfico de la cultura asiática, una *fake news*. Para establecer si un contenido mediático es o no memético, bastaría preguntarle si se difunde y evoluciona para mantener su existencia. En este proceso lo cultural se reproduce, se reinventa, vuelve a circular.

El autor piensa la comunicación memética como una suerte de ventilador que desparrama un contenido como si le tirásemos pintura. Si lo que define a esta comunicación es esta operatoria (el par reproducción y mutación) y no sus proposiciones, el autor se va a ocupar de estas manchas (impactos) en una multiplicidad de fenómenos: las elecciones presidenciales de EEUU en 2019, la cultura popular, las filtraciones en los sistemas de poder, las comunidades virtuales, el activismo político.

Kien considera a los usuarios como prosumidores, con un papel activo en este proceso, desde la perspectiva de la Cultura de la convergencia (Jenkins). La idea es que los memes evolucionan con la agencia humana como fuerzas directrices de movimiento. Sin embargo, la hipótesis para pensar sus efectos se inscribe en una crítica a la posmodernidad. Por cierto, Kien retoma a Baudrillard para definir la operación posmoderna por excelencia: un significante se desconecta de su significado, y queda así libre y en flotación para adherirse a cualquier otro. Emerge así un mundo sobreabundante de significación (el simulacro, tal como lo define Nichols). Esta hiperrealidad signada por las apariencias se relaciona tanto con las lógicas del consumidor (las marcas como estilos, valoradas más allá de sus productos) como en la estetización de la realidad (entendida como constructo narrativo), que prepara el terreno a la posverdad. "La erupción de un contenido memético no es sino un simulacro electrónico" (96).

Esta construcción memética del orden simbólico, para el autor, está marcada por la velocidad. (Capítulo 4: "Urgencia y emergencia"). Una comunicación en tiempo real que remeda a la oralidad en los turnos de habla y su demanda de respuesta. Kien advierte que esta urgencia no viene dirigida por el mundo físico sino por la gratificación que aporta a los prosumidores. Además, la retórica visual memética está orientada hacia el pathos (emociones) por sobre el logos (el argumento lógico) y el ethos (la credibilidad del orador). La emoción desplaza a la lógica como guía para juzgar la información útil.

Uno de los hallazgos del libro es pensar las consecuencias de la naturaleza discreta de nuestra vida social mediática (Capítulo 5: "Vivir la vida discreta"). Las audiencias de las plataformas sociales crean sus propios entornos virtuales en los que su "prosumisión" (producción/consumo) se alinea con sus gustos y sistemas de creencias. Esta curaduría de contenidos (favorecida por los sistemas algorítmicos) personaliza una experiencia en los que los sentimientos priman sobre los hechos y la objetividad. Los poderes tradicionales de los medios de masas – su capacidad de *agenda setting*, de *framing*, las funciones de los *gatekeepers*–, se desplazan a las audiencias. Esto resulta bien interesante y aunque no está explicitado en el planteo, el libro bien podría como leerse un aporte a las teorías de la información, en la medida que indaga sobre los modos en que la información es seleccionada, circula y se valida socialmente. Aborda, por ejemplo, cómo la permanencia de la información digital hace difícil borrar información falsa que se ha vuelto viral (Capítulo 10: "Desinformación inmortal"). Además, la sobreabundancia memética diluye la información importante en la red.

Tradicionalmente, la comunicación memética fue abordada en su potencial revolucionario, a partir de la fragmentación y el pastiche, como un montaje con capacidad de desafiar el orden dominante.

Por el contrario, Kien enfatiza los fenómenos de circulación. Los contenidos mediáticos ingresan en cámaras auto-afirmantes, donde los usuarios construyen su propia visión de mundo y crean realidades propias en comunidad (por ejemplo, los anti-vacuna o los terraplanistas). El autor denomina neo-tribalización a este fenómeno. Un ataque a las creencias del grupo se percibe entonces como un ataque a la identidad. Estas comunidades se relacionan con otras mediante la exclusión y la sospecha, y forman un escenario diametralmente opuesto a la aldea global con la que soñaba McLuhan. La democracia global – una de las promesas de internet– y el debate público, se rompen en comunidades solipsistas. El acoso, la persecución, la misoginia y el antisemitismo pueden también ser meméticos (Capítulo 12: "La caza de brujas en el siglo veintiuno"). En este acto de silenciar voces opositoras, la victoria es que el otro se retire de la vida online.

Otra perspectiva interesante, es aquella que relaciona la construcción del orden simbólico (las representaciones) con cierta partitura de acción social (las prácticas). Kien estudia, por ejemplo, los entornos digitales como amplificadores del pánico social (Capítulo 6: "Pánico moral digital e histeria de masas"). Si el pánico moral busca impedir algo que se juzga negativo (el esclavismo sexual, la discriminación), muchas veces el problema no mediatizado continúa sin ser atenuado. También, en lo que el autor denomina *mass* histeria, un contenido sin evidencia constatable invita a la conducta o comportamiento por identificación, al compartir un síntoma. Por ejemplo, el supuesto colapso Y2K de la infraestructura digital con la llegada del nuevo milenio.

El énfasis del libro – tal vez también su singularidad–, reside en esta exploración de lo discreto y su expresión en distintas formas: comunidades con "mentalidad de colmena", el consumidor aislado, en narrativas individuales como mónadas. En esta verdad como construcción para uno mismo Kien lee el triunfo del romanticismo filosófico y el pomodernismo cultural. La posverdad sería otra forma de nombrar la capacidad de los actores para crear sus narrativas individuales sobre el mundo en el que viven. El trabajo, sin embargo, tiende a identificar lo digital con lo memético, de ahí que parecería un objeto paraguas omnicomprensivo, en el que se diluye su especificidad.

Kien analiza también algunos memes (imagen macro + texto) como discurso irónico, que lee como disfraces para ofensas (discursos de odio). A través de estos memes satíricos compartidos en colmenas digitales, para los prosumidores es más importante mostrar pertenencia a la tribu que batallar con ideas contrarias o persuadir a otras comunidades a suscribir a una nueva visión. La ironía fortalece entonces la cohesión grupal y galvaniza la diferencia, a la vez que permite cierta ambigüedad sobre el contenido ofensivo (suaviza los enunciados, pues siempre afirma "que no habla en serio"). La exageración cómica de la discriminación, por ejemplo, vuelve a esos asuntos aceptables y hasta "divertidos". Al reforzar el statu quo, afirma las dinámicas del poder.

Un mismo leitmotiv tiñe el desarrollo. El simulacro, desde la perspectiva del espectáculo, nos aleja de los objetos del mundo, de la verdad; la comunicación memética jugaría "embarrando la cancha". Para Kien, la política y el activismo digital crean un involucramiento político con poco impacto en el mundo (Capítulo 11: "Política memética y activismo de sillón"). El triunfo pasaría por conquistar el dominio estético, que se vuelve manifestación del poder. La verdad se vuelve "ópticamente correcta", según Paul Virilio. En esta batalla de imágenes mediáticas que representan

la verdad, Kien intenta leer una lucha por la hegemonía en el espacio digital, a partir de los desarrollos de Stuart Hall (Capítulo 13: “Se ve bien, hombre: Dominio estético”). En el simulacro enfocamos nuestras energías en cambiar la representación mediática, en lugar de cambiar las injusticias y problemas del mundo físico.

A propósito del activismo político, el autor elabora un boceto de una historia política online, en el que tienen un lugar destacado los cyber-zapatistas, la protesta antiglobalización en Washington y la Primavera árabe en 2012. Concluye en los distintos casos que fue la movilización física de las poblaciones la que produjo los cambios de los regímenes políticos. Internet no tendría la agencia para hacer efectivo el cambio social, aunque sirva como herramienta. Además, las ideologías de extrema derecha y el fascismo se han apropiado de las herramientas de resistencia online de las izquierdas. Después de expresar estos riesgos, Kien deja abierto ambos caminos: la memética puede reforzar viejos patrones de discriminación o crecer en posibilidades libertarias.

En la historización de algunas prácticas, Kien aborda el situacionismo. Si el *détournement* (desvío) para Debord creaba experiencias (situaciones) para mostrar la verdad del mundo para sus víctimas, en la sátira posmoderna se asimila y se desinfla este poder revolucionario. Este principio fundamental, yuxtaponer elementos contradictorios que expusieran una mentira, se normaliza en una práctica cotidiana de los prosumidores. La ironía y el cinismo ya no representan un desafío (Capítulo 14: “Ahora todos somos situacionistas”). De la teoría crítica del espectáculo, asistimos a la confirmación del simulacro.

Para concluir, Kien afirma que la comunicación memética nos aleja de la búsqueda de la verdad. Cita a Heidegger en su idea del dominio técnico, que nos interpela a actuar en cierto modo en detrimentos de otros. La libertad de los prosumidores reside entonces en dejar de responder a este desocultar provocante mediado por la tecnología. No es de extrañar que el autor retome a Marcuse: la racionalidad instrumental o técnica revela su eficacia en detrimento de autonomía, domina a los individuos y los erosiona en una multitud genérica. Por lo tanto, Kien llama a una revolución en la ética digital mediática. Restaurar la integridad en la información implica no sucumbir como víctimas pasivas al espectáculo que hemos creado. Quebrar esta comunicación solipsista, cerrada y autorreferencial, que adopta la ofensa como parte de las prácticas cotidianas, está en manos de los prosumidores. Si nos hemos vuelto periodistas y *broadcasters* de lo cotidiano, también podremos sacar a las plataformas mediáticas de su *yellow phase* (amarillismo). La apuesta es por recuperar nuestra actividad responsable.

Ariel Gurevich
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, UBACYT *Retomas discursivas en tiempos de convergencia: producción, circulación, consumo.*
16/03/2021